

## La amable presencia de Fernando Charry Lara

Por: Luis Germán Sierra J. \*

Cuando en Colombia se habla de la poesía que hizo al país a un lado del redil de las gastadas tradiciones y del verso pomposo y huero, se incluye sin falta la poesía de Fernando Charry Lara (Bogotá, 1920-Washington, 2004). Autor de una obra poética escasa que apenas sí alcanza tres títulos: *Nocturnos y otros sueños* (1949), *Los adioses* (1963) y *Pensamientos del amante* (1981), calló muy temprano su voz de poeta por lo que puede tomarse, sin duda, como un gran pudor ante la posibilidad de fatigar de nuevo unas páginas que ya no le darían la concentración y el alto tono y la música de los poemas ya dichos y en manos de los lectores a los que, en cambio, sí seguiría dándoles luces críticas y ensayos sobre poesía, bellos y lúcidos como pocos. Allí se encuentran *Lector de poesía* (1975) —con una justa reedición en 2005 que incluye 16 nuevos textos—, *José Asunción Silva, vida y creación* (1985) y *Poesía y poetas colombianos* (1985).

Además de ejercer la docencia durante largos años en el área de poesía en la Universidad de los Andes y en el Instituto Caro y Cuervo, Charry Lara fue cofundador de la revista de poesía *Golpe de dados* que cuenta con vida desde 1973 y que ha animado en buena medida la transformación de la poesía colombiana, junto a los también poetas Mario Rivero y Jaime García Maffla, al igual que participó vivamente en la revista *Mito* (1955-1962) dirigida por Jorge Gaitán Durán, quizás el punto de quiebre más importante entre el antes de un país literariamente pastoril, mojigato y tradicionalista, y el después de la aparición de una crítica fundamental que entronizó el ensayo moderno en todas las latitudes, lo mismo que la divulgación de voces de la literatura fundamentales para sacudir el pensamiento, la baba y la caspa.

Rigor y depuración parecen dos palabras que definen bien la obra poética de Charry Lara y que explican el porqué de su corta obra (39 poemas contenidos en tres libros) en un país que, con lógicas excepciones, ha contado con poetas más preocupados en publicar que en revisar (látigo en mano) sus versos.

Amorosa, nocturna, dueña de un paisaje contenido y ciudadano, ambiciosa en la íntima convicción de la poesía (“He venido a cantar sobre la tierra las cosas/ Que se olvidan o se sueñan,/ He venido a buscar una respuesta con palabras/ Que no recuerdan nada ...”), y probablemente sin una sola línea de

desperdicio, la obra poética de este autor bogotano permanecerá incólume al paso del tiempo porque, me parece, la ampara un vasto y rico conocimiento del mundo y del sentimiento humano, una sensibilidad inteligente y reservada, y el amor sin aristas que cubre, como una pátina contra el moho de los días, las obras que hacen parte ya del río del tiempo y que reinventan la memoria.

La belleza de la poesía de Charry Lara está provista del hondo sentido del amor y del sueño, pero también de la conciencia de la muerte; de la palabra que conoce y enseña los contornos de la vida y el erotismo de los cuerpos, pero que también señala la soledad y el abandono como destinos, todos, del mundo. (“...La llovizna las calles la nocturna/ Lámpara desvelada ante el errar/ De morosa imagen/ Estremecida sombra que de súbito/ Atraviesa también esta alcoba/ Mientras el otro/ Que aún eres/ De soledad y avidez/ Sediento resucita en la memoria/ Deslizándose secreto/ Tal sueño de insaciables brazos/ A la orilla de un cuerpo/ Torrencial de fluyente blancura/ Río de noches y muslos y relámpagos”).

En la escritura de sus ensayos, Charry Lara es un docente excepcional. No hace gala de ninguna erudición, no obstante lleva al lector por el conocimiento preciso e ilustrado de la poesía de su tiempo, lo mismo que de aquella de donde esta proviene, de sus antecedentes y protagonistas. En una prosa limpia y elegante, el autor de *Lector de poesía* muestra algunos de los mejores momentos de la poesía colombiana (Silva, De Greiff, Arturo, Gaitán Durán, Mutis, Quessep...); de algunos autores de la Generación del 27 de España con quienes compartió amistad y afecto (Cernuda, Salinas, Guillén, Aleixandre), pero también Sor Juana Inés de la Cruz, García Lorca, Gustavo Adolfo Bécquer; aparte de una imprescindible aproximación a algunas voces de la poesía de América Latina (López Velarde, Octavio Paz, Borges, Lezama Lima, Cardoza y Aragón, y César Vallejo).

Este bello tomo de ensayos literarios hizo decir a Rafael Gutiérrez Girardot: “Aristóteles dijo que la ‘amistad es lo más necesario de la vida’. El *convivio* que esboza y a la vez ejercita Charry Lara corrobora esta opinión. Los ensayos que lega son de sus ‘amigos, los poetas’, porque él es uno de ellos. Sus agudas opiniones ponen de relieve sus líricos aciertos, que enmarcan en las personalidades de esos poetas que abrieron el camino a ese *convivio* (...)”.

En varias ocasiones visitó el poeta la Universidad de Antioquia, la última de ellas en 2003 para recibir el Premio Nacional de Poesía por Reconocimiento. Siempre fue grata y aleccionadora la querida presencia de Charry Lara en nuestra Universidad, siempre fue un gusto gozar el privilegio de su asombrosa memoria y de la sabiduría simple de quien contaba, además, con el humor fino y socarrón propio de los bogotanos de pura cepa como él.

Con su menuda y hermosa presencia de poeta atravesó casi todo el siglo XX, con el gesto atento y cordial del ciudadano común, pero cultivando morosamente el pequeño tesoro de su obra ensayística y poética, su legado.

\* **Luis Germán Sierra J.** Ensayista y habitual colaborador de numerosas revistas culturales y literarias en el país, es coordinador del área de cultura del Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia y miembro del comité de la Agenda Cultural.